

Rousseau: filosofía y botánica

Introducción

Durante su exilio en Suiza en la década de 1770, en un periodo de introspección forzada tras los conflictos políticos y filosóficos que lo alejaron de la vida pública, Jean-Jacques Rousseau halló en el estudio de las plantas una forma de práctica para calmar su espíritu perturbado (Durant, 1965). Esta afición se cristalizó en sus *Cartas sobre la botánica*, dirigidas a Madame Delessert, con el propósito de enseñar a su hija los principios de esta disciplina desde un enfoque accesible, alejado de la rigidez académica de la cual fue bastante contrario (Rheault, 2002)

Todos conocen a Jean-Jacques Rousseau por su faceta más remarcada en la historia, el *philosophe* o *homme de lettres*, una categoría recién creada que, desde su emergencia con la *Enciclopedia* de Diderot, se ha ido desdibujando con el paso de los años para limitarse a aquel cuyo ejercicio básico intelectual lo hace calificable de pensador. Lo cierto es que muchos de aquellos autores modernos que dedicaron su carrera literaria a los temas emergentes de la modernidad, como la ciencia y la libertad, propios de una sociedad con una curiosidad sin precedentes, provenían de carreras académicas y profesionales muy diversas. En este contexto, Rousseau fue alguien polímata que, a la avanzada edad de 60 años, se refugió en esta disciplina natural con el propósito de subsistir tras un periodo muy complicado de su vida, lo que en la posteridad conocemos como sus últimos años de vida (Rheault, 2002)

En esta disertación analizaré cómo tanto la faceta botánica como la faceta filosófica de Jean-Jacques Rousseau convergen en esta etapa de su vida, en la que sus ideales teóricos e intelectuales adquieren un sentido mucho más auténtico para la tranquilidad de su espíritu. En la segunda parte del trabajo, analizaré sus *Cartas sobre la botánica*, observando aquellos enlaces con su pensamiento tardío y las preocupaciones filosóficas que lo acompañaron durante estos años. También compararemos su relación, similar u opuesta, con otros pensadores como Voltaire y Montaigne, para entender mejor el lugar que ocupó Rousseau dentro de los valores de la ilustración y su particular visión sobre la naturaleza, el conocimiento y la educación.

La filosofía

Desde sus primeros ensayos críticos, como el *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1750), Rousseau siempre se ha mostrado como un fiel defensor de la idea emergente, derivada del derecho natural en la ciencia política, de que la naturaleza es el estado ideal (no idóneo) del hombre. Fundamentalmente reconocido por los fragmentos de su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755), señala que la corrupción de la sociedad ha alejado al ser humano de su estado natural. Por otro lado, esta visión también cobra sentido en su obra de corte pedagógico, pensada para las familias cercanas al autor, cuyos contenidos a menudo servían de manuales de crianza. Curiosamente, si recordamos el impacto o el éxito que tuvo *La Nueva Eloísa* (1761) de Rousseau en la sociedad francesa, podemos llegar a la idea de que Rousseau fue una especie de primer autor “best-seller” de la modernidad, hecho también respaldado por el incremento de producción literaria que había en aquella época y el auge de la lectura doméstica; es decir, cada vez más familias burguesas leían en casa y el trato personal de Rousseau con sus admiradores lo demuestra. El *Emilio* (1762), se convierte así en una guía educativa para aquellos niños cuyos padres confiaban o delegaban en Rousseau la responsabilidad de su formación, siguiendo los principios de una educación naturalista, de la mano del autor.

Pese a ser un prolífico escritor, la elocuencia de Rousseau no solo residía en su habilidad literaria, sino también en su capacidad para adaptar conocimientos a un público amplio. Aunque adopta el método clasificatorio del sueco Carl Von Linneo en su estudio botánico (Rousseau, 1771 : 7), lo transforma para que sea más accesible y comprensible, evitando un lenguaje excesivamente técnico o metafísico. A través de este enfoque, Rousseau se reafirma en su creencia en que el aprendizaje debe ser intuitivo y experimental, en lugar de meramente metafísico. Su rechazo a un saber demasiado alejado de la naturaleza lo lleva a reinterpretar la clasificación botánica como un ejercicio de contemplación y relación auténtica con la moral humana. Ahora bien, sin embargo, esta claridad expositiva y esta capacidad de persuasión contrastaron con el panorama intelectual, mayormente adverso, que enfrentó en su época, ya que su relación con figuras influyentes como Diderot y Voltaire se deterioró progresivamente a medida que se publicaban sus escritos (Durant, 1965).

Voltaire, en particular, desde la publicación de la obra magna *El contrato social* (1762), se convirtió en su antagonista más notable, ridiculizando sus ideas y atacándolo en repetidas ocasiones. La ironía y el sarcasmo que Voltaire empleaba en sus correspondencia con Rousseau resalta la profunda brecha entre ambos pensadores: mientras que Voltaire era un defensor acérrimo el progreso científico y el racionalismo ilustrado, Rousseau se mostraba crítico con el desarrollo descontrolado de la civilización y defendía la naturaleza como el único entorno donde el hombre podía encontrar su verdadera esencia (Durant, 1965 ; Rousseau, 2008 : 19).

Los conflictos con la sociedad civilizada y con los propios ilustrados fueron una constante en la vida de Rousseau; fue víctima de la censura y el exilio, lo que en gran medida motivó su retiro y su afinidad por la botánica. Su alejamiento de la vida urbana no solo respondió a una necesidad personal de paz, sino también a un rechazo sistemático del racionalismo ilustrado, como un trauma, que consideraba alejado de la realidad vital. En este sentido, su disputa con los ilustrados fue una cuestión más que personal, con un conflicto filosófico más profundo todavía: lejos de que Rousseau no corroborara las ideas emergentes del progreso y la razón como pilares absolutos de la modernidad, la idea que proponía de un regreso a la naturaleza como vía para restaurar la moral y la autenticidad humana lo dejaba en la peor posición de cara al debate, en vista de su entorno intelectual.

En términos filosóficos, Rousseau podría ser categorizado dentro del “naturalismo”, en contraposición al mecanicismo o el constructivismo, entendido así como una corriente que basa el conocimiento en la observación del mundo natural y en la experiencia vital. Su pensamiento comparte puntos en común con Michel de Montaigne, particularmente en la desconfianza hacia los sistemas de conocimiento rígidos y dominantes de la época Montaigne, en sus *Ensayos* (1580) observaba la condición humana a partir de la vida cotidiana, mientras que Rousseau veía en la naturaleza un modelo de virtud y autenticidad. Por el contrario, su relación con Voltaire representa un antagonismo total: Voltaire era un ferviente subscritor de la idea del desarrollo científico como motor de la civilización (Durant, 1965). Además, su contraste con la elocuencia moralista de Rousseau lo hace parecer alguien completamente opuesto a una idea de familiaridad, siendo alguien cuyos escritos también eran recibidos con escepticismo e incluso humillación por parte de los círculos ilustrados más importantes. En definitiva, estas diferencias ideológicas hicieron que Rousseau pasara de ser un pensador respetado a un intelectual marginado por sus contemporáneos.

Para su bagaje intelectual de entonces, la botánica se presentó como un estudio idóneo que permitía al individuo volver a una relación directa y contemplativa con la naturaleza, una extensión de su pensamiento filosófico. Es decir, la simplicidad de las plantas, su orden sin intervención humana y su crecimiento espontáneo refuerzan la idea, a la que Rousseau se suscribió plenamente, de que la naturaleza tiene su propia lógica interna. En otras palabras, su fascinación por la botánica responde a esta misma lógica: aprender de la naturaleza es aprender sobre la vida misma. En las *Cartas sobre la botánica*, Rousseau no solo clasifica plantas, sino que las utiliza como un medio para desarrollar la sensibilidad y el entendimiento del mundo natural. Su concepción de la naturaleza no es solo científica, sino moral y educativa. Entonces, podemos concluir que su filosofía es naturalista, estética y pedagógica.

La botánica

Desde las primeras cartas, Rousseau expone los principios fundamentales de la botánica, insistiendo en la importancia de la observación paciente y metódica (Rousseau, 1771: 28). Más que la simple memorización de nombres en latín defiende el contacto directo con las plantas, observando sus formas, texturas y crecimiento en su entorno natural (Rousseau, 1771: 12). Su método pedagógico se distancia del dogmatismo académico y se acerca a una enseñanza sensorial e intuitiva.

En las cartas subsiguientes, Rousseau establece una comparación entre la naturaleza domesticada y la salvaje, argumentando que, así como las plantas cultivadas pueden perder parte de su vigor original, la sociedad corrompe la esencia natural del ser humano (Rousseau, 1772: 54). En paralelo, desarrolla la idea de que la diversidad botánica es un reflejo del orden natural, estableciendo un vínculo con su concepción de la pluralidad humana y su defensa de la individualidad frente a la tendencia homogeneizadora del progreso moderno (Rousseau, 1773: 75).

Dando por sentada su postura hacia el racionalismo ilustrado, su relación con la nomenclatura científica es naturalmente ambigua: aunque utiliza el sistema de Linneo, como hemos mencionado antes, critica su sistematicidad y artificialidad excesivas. En la Carta III, subraya que “las plantas no son solo objetos de estudio, sino de contemplación” (Rousseau, 1772: 35), reflejando su creencia de que la naturaleza debe

ser experimentada, no meramente diseccionada. Este enfoque nos transporta de nuevo a su teoría educativa en *Emilio*, donde aboga por el aprendizaje basado en la experiencia directa en vez de la mera instrucción teórica (Rousseau, 1762).

En cartas posteriores, Rousseau se adentra en el estudio de la reproducción vegetal y su función en los ecosistemas, anticipando ciertas nociones de la ecología moderna (Rousseau, 1773: 98). Su perspectiva no es solo científica, sino también ética, vinculando el conocimiento botánico con una responsabilidad moral hacia la preservación del medioambiente. En la Carta XXXI, expresa su rechazo a la erudición vacía que enajena al estudiante de la natura:

"Nothing is more pedantic or ridiculous, when a woman, or one of those men who resemble women, are asking you the name of an herb or a flower in a garden, than to be under the necessity of answering by a long file of Latin words that have the appearance of a magical incantation." (Rousseau, 1774: 120).

Esta crítica, dirigida a la educación memorística y formalista, se alinea con su negativa general al conocimiento desconectado de la vida práctica que llevamos definiendo hasta ahora. En la Carta número XXXII, que cierra la obra, Rousseau argumenta que el estudio de las plantas debe fomentar una mayor conciencia ecológica y una actitud de respeto hacia la biodiversidad. Sin disponer del marco conceptual moderno de la ecología, ya advertía sobre los peligros de la explotación desmedida de la naturaleza, denunciando cómo la civilización priorizaba el conocimiento utilitarista sobre la contemplación y el equilibrio natural (Rousseau, 1774: 130).

Si bien Rousseau no contaba con los avances científicos que han modelado el ecologismo moderno, su enfoque en la necesidad de un respeto profundo hacia la naturaleza y su crítica al progreso descontrolado lo convierten, por muy descabellado que suene, en un prototipo de ecologista moderno. Su insistencia en que la naturaleza debe verse como fundamento de una vida ética y equilibrada se alinea con muchas de las preocupaciones actuales sobre la crisis climática, la pérdida de biodiversidad y la necesidad de un desarrollo más sostenible en todos los procesos industriales, con un aire más zen. En este sentido, podemos considerarle uno de los muchos precursores de la conciencia ecológica moderna, ya que su pensamiento no solo nos dejó educación centrada en la naturaleza liberal y la democracia en la posteridad, sino que también nos recuerda la alerta sobre los efectos destructivos de la civilización cuando esta se desconecta del mundo natural, siendo esta una noción, en definitiva, extremadamente afín a la postmodernidad.

Bibliografía

Principal

DURANT, W. ; Durant, A. (1965): “*The Age of Voltaire*”. Simon & Schuster. Vol. 9.
Recuperado de <https://www.correspondance-voltaire.de/rousseau-und-voltaire-skizze-ein-verraeter-im-inneren-kreis-der-aufklaerer-entwurf-2011/>

RHEAULT, S. (2002): “*Botánica amateur y literatura profesional: Rousseau y la enseñanza de la botánica*”. Mètode. Vol. 34. Recuperado de <https://metode.es/revistas-metode/article-revistas/botanica-amateur-y-literatura-profesional.html>

ROUSSEAU, J-J. (2008): “*El contrato social*”. Ed. Taurus. Madrid

ROUSSEAU, J.-J. (1771-1774): “*Letters on the elements of botany: Addressed to a lady*”. Printed for J. Murray. London

Secundaria

DIDEROT, D. ; d’Alembert, J. Eds. (1751-1772): “*Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*”. Ed. Briasson, David l’aîné, Le Breton. Durand, Paris.

MONTAIGNE, M. (1580): “*Essais*”. Gallimard. Paris.

ROUSSEAU, J-J (1750): “*Discours sur les sciences et les arts*”. Académie des Sciences, Arts et Belles-Lettres. Dijon.

ROUSSEAU, J-J. (1755): “*Discours sur l’origine et les fondements de l’inégalité parmi les hommes*” Ed Marc-Michel Rey Amsterdam

ROUSSEAU, J-J. (1761): “*Julie, ou la Nouvelle Héloïse*”. Ed. Marc-Michel Rey. Amsterdam.

ROUSSEAU, J-J. (1762): “*Émile, ou de l’éducation*”. Ed. Marc-Michel Rey. Amsterdam.